

INVITACIÓN A LA ESTÉTICA

JUAN ACHA

Este título lo lleva el más reciente libro de Adolfo Sánchez Vázquez, filósofo de valía por sus lúcidos esclarecimientos de difíciles cuestiones estéticas. Se trata de su obra de mayor accesibilidad para los públicos de habla castellana. Por estos entendemos a quienes tengan curiosidad intelectual por tales cuestiones y quieran adquirir una autoconciencia veraz y concreta al respecto, vale decir, deseen conocer las relaciones estéticas que su sensibilidad entabla diariamente con las realidades de su entorno y ocasionalmente con las obras de arte; con mayor razón los historiadores y críticos de éstas, sus obligados lectores; sus productores por lo general se suponen autosuficientes y desdeñan las teorías.

Nos place y enorgullece la aparición de este libro en México. No importa si viene a ser un oasis en medio de ese triste y lamentable desierto de nuestras ciencias del arte, tan ajenas a los enfoques estéticos de que dependen vitalmente. *Invitación a la estética* (1992) trae agua y color al desierto en que dichas ciencias han venido sembrando conocimientos. Pero éstos no retoñaron y terminaron en un hacinaamiento de ramas secas, por falta de savia teórica y estético-filosófica. Hemos producido muchos conocimientos de nuestras artes, pero al calor de criterios anacrónicos y de posturas reaccionarias. Quinientos años después debemos orientarlos a cambiar nuestros modos de ver y de conceptualizar las artes y lo estético.

Lo singular del libro que hoy comentamos, reside en ese maravilloso resultado obtenido por la interacción que Sánchez Vázquez logra entre la voluntad de divulgar sus ideas filosóficas y su hábil manejo de las complejidades que el académico supone inevitables oscuridades de toda estética filosófica. La divulgación del autor consiste en ir esclareciendo de manera certera punto por punto de su

exposición. No sólo esto, sino que en el camino va subvertiendo ideas establecidas, tanto las del hombre común como las de la gran mayoría de los profesionales de la estética y de las artes. Se remite a realidades concretas y éstas son las mejores piedras de toque de teorías y filosofías. La práctica las corrige y ellas guían a la práctica. Estorban, sin duda, la estéril erudicción de las realidades concretas.

Invitación a la estética es un libro claro y ameno, gracias al método de su exposición y a la visión crítica, creadora y cargada de conocimientos, que anima al expositor. En la primera parte, Sánchez Vázquez despliega consideraciones acerca de la necesidad de la estética, de sus objetivos y de sus saberes. Propiamente justifica la necesidad vital de teorizar que tienen todos los ocupados en actividades estéticas, tanto los productores de obras, como sus historiadores y críticos. Destaca la ruptura con la bellomanía que hasta ahora la cultura occidental oficial viene imponiendo. Al definir los objetivos de la estética, Sánchez Vázquez la extiende a muchas otras categorías. La belleza no es la única ni la más importante.

Para el autor, la estética se ocupa de “la apropiación específica de la realidad” y la naturaleza de esta apropiación es histórica y estructural. No hay historia sin estructura y la estructura constituye un sistema de relaciones. Sus raciocinios terminan en el señalamiento de la única salida: la estética científica. Sin ambages afirma: “La estética es la ciencia de un modo específico de apropiarse de la realidad, vinculado de un modo de apropiación humana del mundo y con las condiciones históricas, sociales y culturales en que se da”. Más clara y contemporánea no puede ser la visión del autor.

En la segunda parte del libro de A. Sánchez Vázquez con este título, vemos desfilar diversas consideraciones sobre las relaciones del hombre con el mundo; entre ellas las de producción y consumo estéticos. Aquí el autor se centra en el problema de la carga estética que los humanos les atribuimos a los objetos producidos sin intenciones estéticas. Pone como ejemplos una pintura rupestre, una pila bautismal y una escultura religiosa (La Coatlicue). Lo mismo sucede con las realidades naturales, a las que les adjudicamos o reconocemos méritos estéticos sin tener ellas finalidades estéticas.

También son analizados y explicados los mecanismos de la situación estética. Después de señalar sus condicionantes, el autor penetra en las relaciones mutuas de sus componentes: el objeto y el sujeto, la realidad estética y su consumidor o apreciador. Del objeto son destacadas su potencialidad y efectividad, su existencia física y perceptual, así como su forma y significado. Concretarlo significa para Sánchez Vázquez reconocerle una realidad alejada de todo objetivismo idealista. El objeto es para él parte de la situación estética y “no un ser en sí ni por sí, sino un ser cuyo destino se cumple al ser percibido en su relación con un sujeto individual”. En suma, es cuestión de relaciones.

Después de señalar el papel del sujeto en la situación estética. Propiamente se diferencia la percepción estética de la ordinaria. El sujeto es situado entre el interés y el desinterés, y no se funde con el objeto: se distancia de éste. El distanciamiento de Brecht tiene aquí una aplicación lúcida, si reconocemos que se habla de lo estético en las artes. Hay, nos dice el autor, “una dialéctica de la unión y la separación, de la identificación y el distanciamiento de sujeto y objeto que constituye la naturaleza misma de su relación en la situación estética”.

Las categorías estéticas vienen a ser el tema de la tercera parte de *Invitación a la estética*. Como tales son elegidas la belleza y la fealdad, lo dramático y lo cómico, lo sublime y lo grotesco, cuyas situaciones están dentro de la superación del subjetivismo y del objetivismo estéticos. Con claridad explica las vinculaciones entre las intenciones utilitarias del arte prehistórico y nuestras vivencias estéticas de sus obras. A continuación se estudia cada una de las categorías del objeto dentro de la situación estética.

El autor entra a ventilar las dificultades principales de lo bello como concepto, más su variedad. Sigue con lo feo, tanto en la realidad como en las artes de la Grecia clásica, la Edad Media, el Renacimiento y los tiempos modernos. Lo mismo hace con lo sublime, lo trágico, lo cómico y lo grotesco. El recorrido es ameno muy aleccionador. Lamentamos que el autor no haya considerado importante ocuparse de lo trivial, lo nuevo y lo típico, que asimismo son categorías estéticas.

Ningún buen libro —o muy bueno como éste— escapa, claro está, a divergencias. Una de éstas nos surge ante la afirmación: “Nuestra

relación con lo trágico real no puede ser estética". ¿Se trata acaso de una falta de diferenciación definida entre lo estético y lo artístico? ¿Es posible entonces que éste "no puede ser estética" quiere decir "no puede ser artística"? Nos hacemos estas preguntas, porque lo artístico implica distanciamiento, agrado y espectáculo, aun en lo trágico artístico, mientras lo trágico real será siempre estético por definición y sólo podrá ser artizado. En ningún caso estas preguntas aminoran en nada la valía del libro que admiramos.